



Detención de un miembro de la antigua PIDE.

LOS ARCHIVOS DE LA P.I.D.E.

Es raro poder acceder a los expedientes secretos de una policía política que ha reinado durante medio siglo. Eso es lo que lograron hacer los miembros de la comisión de desmantelamiento de la PIDE-DGS, después del golpe de Estado portugués. La tarea es larga (y muy reveladora), a la medida de la fuerza y la eficacia de la atroz máquina represiva que había hecho del Portugal de Salazar y de Caetano el país de la delación, del miedo y la tortura. René Backmann entró con los liberadores en el recinto del siniestro fuerte de Caxias, a unos veinte kilómetros de Lisboa. Vio las celdas y las cámaras de tortura, escuchó las declaraciones de antiguos detenidos, vio a los nuevos y consultó los archivos. Este es su reportaje:

CADA mañana, desde hace varias semanas, unos cuarenta militantes del Partido Comunista, del Partido Socialista y de la LUAR (Liga de Unión y de Acción Revolucionaria) abandonan Lisboa por la autopista del Oeste, en dirección a Estoril. Después de unos veinte minutos,

franqueando varios cruces, cogen, a unos 15 kilómetros de la capital, una ruta pequeña, que se interna, a la derecha de la autopista, en el bosque. Unos minutos más y los coches se detienen delante de un portal verde, vigilado por soldados de Infantería de Marina armados de fusiles automáticos. Después de haber verificado las credenciales, los centinelas abren de par en par y los coches aparcan a la sombra, al pie de un seto.

Enfrente, cegadores por la pintura blanca al sol, se levantan los muros del fuerte de Caxias. Al pie de los muros, en un gran patio asfaltado, cerrado por una sólida reja erizada de proyectores y focos, media docena de automóviles parecen abandonados. Al final del patio, y hasta el horizonte, el océano. En la pared blanca del fuerte, una puerta metálica se entreabre y da a una habitación pequeña y fresca. Nueva inspección de las credenciales de mis guías. A través de un cristal roto, muestro mi tarjeta de prensa. Unos minutos de espera, el soldado regresa y abre, con dos vueltas de llave, la última puerta.

El pasillo, las paredes y el te-

cho son blancos, el suelo está cubierto por un revestimiento oscuro: parece un hospital. A trechos, en el tabique de la izquierda, hay puertas de madera. A lo largo del otro tabique, anaqueles metálicos instalados apresuradamente, con voluminosos expedientes negros designados con cifras y letras. Cada 15 ó 20 metros, en el suelo, un curioso aparato parecido a un radiador eléctrico. «Es un deshidratador de aire —me dice uno de mis guías—. La atmósfera de Caxias es tan húmeda, que, sin esos artefactos, todo se pudriría». Detrás de las puertas, despachos. Allí también, sobre las mesas, en los armarios, en rincones abiertos o cerrados, hay expedientes negros acumulados. Algunos hombres, jóvenes en su mayor parte, hojean, lápiz en mano, el contenido de esos documentos. Sobre una mesa, una pistola automática en un estuche de cuero beige claro.

Los expedientes negros son los de la PIDE, la siniestra policía política portuguesa. Y los militantes que acuden cada mañana, para encerrarse todo el día en los despachos del fuerte de Caxias,

pertenecen, junto con los oficiales del Movimiento de las Fuerzas Armadas, a la Comisión de Desmantelamiento de la PIDE-DGS.

El fuerte Caxias, a donde se transportaron los archivos obtenidos en el sitio de la PIDE-DGS (calle Antonio María-Cardoso) y en el que actualmente están encerrados parte de los antiguos miembros de la policía política, era una de las más célebres penitenciarias políticas de Portugal. Aquí, como en Peniche, Tarragal, Aljube, Santa Cruz do Bispo, Sao Baptista de Ajuda, Machava, Ilha das Galinas, millares de militantes políticos fueron encarcelados, torturados y muertos por virtud de decretos —leyes del 9 de agosto de 1949 y del 12 de marzo de 1956— que autorizaban a la PIDE a retener ilimitadamente a cualquiera considerado como «opositor al régimen».

Aunque en 1969 el decreto 49 401 transformó oficialmente a la Policía Internacional de Defensa del Estado (PIDE) en Dirección General de Seguridad (DGS), todavía se designa con el antiguo nombre, el que lleva desde 1945, a la policía secreta, política y so-

cial creada por Salazar en 1926, convertida, con la asistencia técnica de instructores facilitados por Hitler y Mussolini, y más tarde por la CIA, en una de las más sangrientas máquinas policiales del mundo.

«¡PIDE!, ¡PIDE!», gritaban, después del 25 de abril, los que decubrían oculto en el corredor de un inmueble a un funcionario o a un soplón policial. «PIDE», convertido en un sustantivo y ahora en el peor de los insultos, es la sigla de la policía política portuguesa, que arrastra tras de sí en la memoria de numerosos militantes políticos un verdadero reguero de sangre. No es producto del azar si el único tiroteado del golpe de Estado pacífico de Lisboa enfrentó a los soldados de Infantería de Marina y a los «pides», parapetados, con un poderoso armamento, en su sede de la calle Antonio María-Cardoso.

Tampoco es casualidad si, en los días que siguieron al «putsch», las únicas salvas de armas automáticas que se escucharon en Lisboa fueron disparadas —al aire— por el Ejército, para dispersar a los grupos que se disponían a linchar a un policía descubierto. Que los agentes de la PIDE hayan provocado las únicas verdaderas tentativas de venganza que se hayan podido señalar, no es nada extraño: el odio que persigue a la PIDE se corresponde con el terror que hizo reinar durante medio siglo en el país, por medio de la tortura, los asesinatos, la prisión, las amenazas, la delación y el chantaje.

«La PIDE —me decía Mario Soares, secretario general del PS portugués y actual ministro de Asuntos Exteriores— era uno de los principales pilares del régimen, si no el principal».

«Reconstruir la democracia —dice un oficial de la Comisión de Desmantelamiento— sería una utopía si no tomáramos antes la precaución de destruir por completo, científicamente, a la PIDE y sus anexos. Es una tarea inmensa, larga, difícil y hasta peligrosa, pero el restablecimiento de la libertad en nuestro país, el saneamiento de la vida pública lo valen».

Servicios extraordinarios

Sentado bajo un «poster» del «Che» Guevara, el comandante Se-

rra, actual responsable del fuerte, me explica el funcionamiento de la Comisión. «Se han establecido cuatro grupos de trabajo: uno está encargado de hacer el censo y el inventario del material de la DGS; el segundo analiza los documentos incautados; el tercero prepara los expedientes judiciales de los ex policías, y el cuarto es responsable de las cuestiones administrativas. Las actividades de esos cuatro grupos están coordinadas por un pequeño equipo organizador. El conjunto de los trabajos de la Comisión está supervisado por uno de los miembros de la Junta de Salvación Nacional, el contraalmirante Rosa Coutinho».

Según los primeros trabajos de la Comisión, la PIDE-DGS empleaba de 20 a 30.000 personas, es decir, un portugués de cada 400. Los funcionarios eran unos 3.500. Un tercio de ellos trabajaba en la metrópoli; los demás, en las colonias o en el extranjero. Pero la mayor parte de las tropas estaba constituida por un verdadero ejército de delatores. Los primeros soldados que penetraron en el sitio de la PIDE, el 26 de abril, descubrieron más de un millar de recibos, extendidos de antemano y fechados el 30 de

obtener informaciones más amplias.

La correspondencia de los portugueses emigrados, sistemáticamente interceptada, fotocopiada o simplemente sacada de circulación, era estudiada muy especialmente. Algunas personas habían sido fichadas —vi las fichas— por la sencilla razón de que conocían a alguno que recibía correo del extranjero. Los trabajadores portugueses en el extranjero estaban estrechamente vigilados. Existe en un expediente un informe manuscrito, enviado por un empleado de un banco portugués en París, denunciando a grupos de sus compatriotas, especialmente desertores. Ese informe, dirigido a la Dirección de Turismo, fue transmitido por un jefe de servicio —su tarjeta acompaña el informe— a la DGS. Los archivos dactiloscópicos, fotográficos y antropométricos estaban también muy bien organizados e informados.

La PIDE no era la única policía de Portugal, pero sí la más poderosa, que controlaba a todas las demás. La Policía de Seguridad Pública y la Policía Judicial estaban obligadas a transmitir los resultados de sus investigaciones a la PIDE. Informes semanales, con el sello de «secreto» o «confiden-

René Backmann

abril. Llevaban la mención «por servicios extraordinarios». En cada uno figuraba el nombre de un informador. Las sumas iban desde 3.000 a 5.000 escudos. Esa contabilidad de la delación, llevada con asombroso cuidado desde hacía años, permitió a los responsables de la Comisión establecer una lista completa y precisa de los informadores y confidentes de la PIDE.

Reuniendo a la vez las funciones de Informaciones Generales de la DST y del SDECE, la PIDE tenía en fichas al país entero. En los archivadores metálicos que fueron llevados a Caxias, alineados hoy al pie de la vieja escalera principal del fuerte, se encuentran fichados pueblos enteros. Algunas fichas llevan simplemente la mención siguiente: «Ha negado tener cualquier tipo de actividad política». Otros mencionan los números de expedientes policiales a los que hay que referirse para

cial», designados con el nombre de código de «Perintrep», eran dirigidos al director de la DGS, Silva Pais, o a su adjunto, Agostinho Barbieri Cardoso, por el jefe de gabinete del ministro del Interior, Duarte Guedes Vaz.

El verdadero dueño

El último data del 22 de abril. Hace el balance de las actividades de la Policía de Seguridad Pública en el período del 6 al 13 de abril. Consta de 24 páginas con el sello de «secreto». Todas las inscripciones murales, afiches, panfletos, periódicos clandestinos descubiertos en las más importantes ciudades de Portugal, se encuentran enumerados. Los principales puntos de interés están subrayados en rojo. Otro informe, «confidencial», firmado por el general Tristão Carvalhaes, comandante de la Policía de Seguridad Pública, enumera las personas detenidas por robo,

agresión, vagabundeo, homosexualidad, mendicidad, juegos prohibidos, desertión en Lisboa, Coimbra, Porto, Aveiro, Braga, Évora Faro, Leiria, Portalegre, Santarém, Setúbal, Viana do Castelo, Vila Real, Viseu, Funchal, Ponta Delgada. En total 25 hojas dactilografiadas con cuadros recapitulativos.

«Esta subordinación de las otras policías a la PIDE —explica un oficial— no era admitida fácilmente, en especial por la gente de la Policía Judicial. Pero debían obedecer. La PIDE era el verdadero dueño del país». Sus agentes, los informes acumulados en Caxias lo prueban; estaban infiltrados en todas partes, en las administraciones, Universidades, partidos políticos clandestinos, el Ejército y hasta en los otros servicios policiales y gabinetes ministeriales. Controlaba el paso por fronteras y aeropuertos. Sus medios de transmisión por radio alcanzaban hasta Timor, Lourenço Marques e incluso Macao. Sus relaciones con las otras policías constituían una red que cubría el mundo entero. Uno de los países más pequeños y más pobres de Europa tenía una de las policías mejor organizadas del continente.

Más de mil agentes de la PIDE se encuentran actualmente detenidos. Fueron encerrados en las mismas prisiones a las que ayer enviaban a los militantes políticos. Hay unos 200 en Caxias, 300 en Peniche. Otros están en las prisiones de Lisboa, Coimbra y Porto. Entre los que escaparon a las investigaciones y se negaron a entregarse cuando el gobierno portugués lo exigió, a través de la prensa, algunos —unos diez— huyeron al Brasil. Otros están en España. Una gran proporción de agentes en misión en Mozambique se encuentra en África del Sur, país con el que la PIDE mantenía excelentes relaciones.

Otros se hallan en Francia. Fue en Francia donde se refugió el subdirector de la PIDE, Agostinho Barbieri Cardoso. Pero no está solo. Y la policía francesa no lo ignora, dado que el Ministerio del Interior consideró necesario hacer acompañar por policías a la esposa de una importante personalidad portuguesa, en su reciente paso por París.

Difusión limitada

Por otra parte, las relaciones entre la PIDE y los servicios po-

LITERATURA
HISPANO
AMERICANA
EN EL LIBRO
DE BOLSILLO

*520

Prosa modernista
hispanoamericana
Selección de Roberto Yahni

*462

Narrativa peruana 1950-1970
Prólogo y selección de
Abelardo Oquendo

336

Narrativa venezolana
contemporánea
Selección de
Rafael Di Prisco

**289

Antología de la poesía
hispanoamericana
contemporánea:
1914-1970
Selección de
José Olivio Jiménez

267

70 años de narrativa argentina:
1900-1970
Selección de Roberto Yahni

221

Narrativa mexicana de hoy
Selección de E. Carballo

149

Narrativa cubana
de la revolución
Selección de
J. M. Caballero Bonald

ALIANZA
EDITORIAL

liciales, de información y contraespionaje francés eran desde hace mucho cordiales, como lo prueban las copias de la correspondencia encontrada en los archivos de la PIDE, y las postales —más que cordiales, familiares— intercambiadas con intervalos regulares entre policías franceses y portugueses y descubiertas en la calle Antonio María-Cardoso.

Algunos ejemplos: el correo, a la vez oficial y amistoso, intercambiado entre el subdirector de la PIDE y el comisario Jean Pierre Cuéprat, jefe de la 7.ª sección —relaciones exteriores— de la dirección central de Informes Generales.

La nota número 68 POR/1 del 25 de octubre de 1971, enviada por la DST (1) a la PIDE, que lleva el sello «difusión limitada», a propósito de la participación de un científico portugués en una conferencia internacional sobre las armas bacteriológicas, atómicas y químicas, dice: «Los informes que pueda darnos sobre la persona y las actividades (profesionales y políticas) de B... serían muy valoradas», escriben los policías franceses.

Con la CIA, las relaciones eran también muy buenas: «De la CIA —me explicaron los miembros de la Comisión— los agentes de la PIDE aprendieron algunos métodos de investigación y de interrogatorio. La ayuda técnica prestada a la PIDE por la CIA no es reciente». Me mostraron una carta fechada el 5 de febrero de 1958 en la que Allen W. Dulles, director de la CIA, escribe a Antonio N. Graça, entonces director de la PIDE: «Evidentemente me siento muy halagado de que considere el entrenamiento que sus oficiales han recibido como un enriquecimiento para su servicio». También me mostraron los sobres sellados, con la mención «muy secreto», que contenían los «cursos por correspondencia» dispensados por la CIA a los oficiales de la DGS.

Pero el detalle de esas fructíferas colaboraciones es difícil de reconstituir. La masa de documentos a estudiar es enorme, los expedientes aún no clasificados se acumulan en el «hall» de entrada del fuerte y en los pasillos de la planta baja. Además, los responsables de la PIDE aprovecharon las horas de resistencia a los militares para quemar los documentos más importantes. En la sede de la policía, lo mismo que en la escuela de la PIDE, las chi-

meneas estaban llenas de cenizas humeantes cuando penetraron los soldados. Además, y sin duda para evitar fugas eventuales, los nombres propios habían sido cuidadosamente recortados de los numerosos expedientes internacionales. «Es cuestión de tiempo —dicen los miembros de la Comisión, ante las cartas o fotocopias perforadas por rectángulos—. Atando cabos ya hemos podido reconstituir algunos nombres».

La tortura del sueño

«Nuestro trabajo es doble —dice un teniente—. A la vez que debemos desenmascarar y destruir las redes establecidas por la PIDE, también tenemos que realizar verdaderas investigaciones judiciales. Descubrir quiénes son los responsables de las torturas, por ejemplo, y preparar sus expedientes con ayuda de magistrados y abogados, para celebrar juicios públicos».

Cuando las Fuerzas Armadas portuguesas abrieron las puertas de la prisión de Caxias —hace tres meses—, 80 militantes políticos se encontraban encerrados. Algunos de ellos han vuelto a la prisión para interrogar a sus antiguos torturadores. «Los partidos representados en la Comisión —dice el comandante Serra— fueron elegidos según criterios muy sencillos: debían apoyar la acción del Movimiento de las Fuerzas Armadas o poseer gran experiencia en la resistencia clandestina, o ambas cosas, evidentemente». En esas condiciones se comprende que los comunistas sean numerosos en Caxias. El PC fue una de las organizaciones más duramente combatidas por la PIDE. Muchos militantes del PC portugués estaban en prisión cuando estalló el golpe de Estado.

Actualmente en las mismas salas donde ayer sufrían «la tortura del sueño» algunos militantes instruyen los expedientes de los policías. Esas salas ocupan toda una planta del ala Sur del fuerte de Caxias. Cada una está flanqueada por un miniapartamento, minúsculo y modesto, pero moderno y confortable: cama, aseo, mesa y silla.

«Antes —dice un militante de la LUAR que pasó muchos años aquí—, estas instalaciones eran utilizadas por los funcionarios de la PIDE que venían de Lisboa para interrogarnos. Como los interrogatorios duraban día y noche sin interrupción, los policías se turnaban, y el que no interrogaba se instalaba allí. No comprendo cómo llegaban a dormir con lo que sucedía al lado. Para nosotros, que salíamos de nues-

tras celdas para ir al interrogatorio, ver al pasar una bañera y una ducha era algo...».

La proximidad de esos apartamentos para solteros a las salas de interrogatorio tiene, en efecto, algo asombroso que revela otra característica de la PIDE: una organización extraordinariamente precisa y meticulosa. Los locales del fuerte estaban muy cuidados. En todas partes, relojes, ceniceros fijados en la pared, luces de neón. Material en buen estado que parece haber sido colocado la víspera. «La PIDE era sin duda lo que mejor funcionaba en el país —dice, muy serio, un oficial—. No se imagina usted lo que eso podía costar».

En el curso de los años, la PIDE —especialmente gracias a los consejos de la CIA— había modificado profundamente sus métodos de interrogatorio. A las torturas medievales sucedieron métodos más sofisticados. Médicos, psicólogos, neurólogos, decoradores, técnicos audiovisuales trabajaban para perfeccionar y elaborar «torturas propias».

«Para volverse loco»

«En los últimos tiempos —dice un comunista—, la gente que había sido torturada por la PIDE salía aparentemente intacta. Sin una sola huella de golpes. Pero los estragos psicológicos provocados por los nuevos métodos de tortura eran profundos».

Nada, en efecto, en el ala Sur de Caxias se asemeja a lo que uno imagina cuando se habla de torturas. Esta parte del fuerte se parece mucho a una clínica. Si los pasillos no estuvieran cerrados con rejas, la ilusión sería total. Paredes claras, luz pálida. En las salas de interrogatorio, un parquet encerado y nada más que una mesa de madera y una silla (para el policía). Pero cerca del techo, unas cavidades ocultaban pequeños altavoces. Y esos aparatos eran utilizados para difundir en las salas sonidos muy violentos o muy agudos, o montajes sonoros destinados a hacerles perder la razón a los detenidos, que habían pasado muchos días sin dormir, y que eran despertados, cada vez que les venía el sueño, por un aullido o un par de bofetadas.

Muchos detenidos, especialmente comunistas, vivieron aquí un verdadero infierno. Me contaron el interrogatorio de Dias Laurencço, dirigente del PC: «Al cabo de varios días sin sueño, lo llevaron a una sala decorada —suelo, paredes, techo— con dibujos, cifras y retratos. Todo concebido de ma-

(1) DST: Division de Surveillance du Territoire, policía francesa del contraespionaje.



Soldados portugueses se disponen a efectuar un registro en busca de un «pides» (cabo).

nera que a cada movimiento de cabeza del detenido todo se deformaba. Al mismo tiempo, los altoparlantes difundían una especie de reconstitución de una reunión clandestina del comité central del partido. Algo como para volverse loco. Pero lo resistió».

A los compañeros de Dias Lourenço, o de Herminio de Palma Inacio, responsable del LUAR, se los encuentra hoy en el pasillo con montones de hojas bajo el brazo. Detrás de ellos, acompañado por un soldado de Infantería de Marina, armado, un policía que va a ser interrogado. Las costumbres han cambiado. Los prisioneros actuales pueden sentarse o caminar si lo desean, o mirar por las ventanas enrejadas el estuario del Tajo y el puente Salazar.

«¿Los "pides" hablan?», pregunté a los miembros de la Comisión.

«Sí, empiezan. Al principio todos decían que eran chóferes o telegrafistas. Ahora son más francos. Además, porque ya no creen que la situación pueda "invertirse". Pero no con todos es fácil. Conocen todas las astucias del interrogatorio. Por ahora no ponen en tela de juicio, del todo, a los ex dirigentes del país. Dicen que la PIDE era muy independiente,

que actuaba sin consignas. Pero algunos ya comienzan a ceder. Todo su universo se derrumbó el veinticinco de abril. Algunos hasta manifiestan una terrible cobardía».

En la otra zona del fuerte, la que comprende las celdas, asistí a manifestaciones de cobardía y de hipocresía insoportables. Vi al funcionario que organizaba antaño las visitas a los prisioneros llorar como un niño, aferrarse a sus guardias, suplicar para no volver a su celda. Vi a los guardias llevarlo aparte, hablarle con increíble paciencia. «Hace tres meses —decía a mi lado un soldado—, las cosas no hubieran sido así...».

También vi a los guardias de la prisión llevar de la mano a niños que habían venido con sus madres y conducirlos del otro lado del locutorio para que pudieran abrazar a sus padres. «Creo que es algo que los "pides" no pueden comprender», dice un miembro de la Comisión. Después de lo que hicieron no pueden imaginarse que se los trate de manera humana. Esperaban seguramente verdaderas manifestaciones de salvajismo. «Tampoco comprendieron por qué los militares arrancaron los micrófonos disimulados en el locutorio de la

prisión. Ni por qué no se los arroja en los vergonzosos calabozos carcomidos por la humedad, donde ellos encerraban "a los recalitrantes"».

Porque al lado de la prisión utilizada hoy existía en Caxias un verdadero laberinto de galerías y de celdas profundamente excavadas en el acantilado, algunas hasta a treinta metros por debajo del nivel del suelo. Acompañado por dos marinos, visité esa red subterránea. Gran parte de las celdas inundadas no se utilizaban desde 1945. La más terrible se encuentra al pie de una interminable escalera escarpada y resbaladiza. Los últimos peldaños se hunden en el agua. Gracias a una escala se puede avanzar por la galería, que termina en una sala de unos 40 metros cuadrados inundada hasta un nivel de 50 ó 60 centímetros.

Ex seminaristas

«Después de la guerra ya no se atrevieron a utilizar esas galerías ni esas salas», dice un militante del PS. En todas partes, en las galerías, en las inmensas salas con troneras donde se encerraba por docenas a los militantes detenidos durante las manifestaciones, hay inscripciones grabadas en las paredes o trazadas a lápiz que cuentan la historia vivida en Caxias. Pero si bien las salas inundadas ya no se utilizan desde hace treinta años, existen aún celdas de aislamiento, enterradas en la tierra, sin ninguna abertura además de la puerta. La luz penetra las veinticuatro horas del día, o por el contrario no entra en absoluto.

Me mostraron después de un recorrido subterráneo, iniciado atravesando un tabique de ladrillos destruido por los soldados, la celda en la que Dias Lourenço, miembro del Comité Central del PC, pasó más de dos meses: unos pocos metros cuadrados, un jergón podrido, una tablilla fija contra la pared, un grifo sin agua, un WC a la turca, una atmósfera increíblemente cargada de humedad glacial. Detenido ocho veces, condenado por primera vez a diecisiete años de prisión, Dias Lourenço purgaba una segunda pena cuando fue liberado por soldados de Infantería de Marina el 25 de abril.

Las otras celdas de Caxias, aquellas donde se hallan hoy los «pides», se parecen a las de todas las prisiones del mundo. No son ni mejores ni peores que las de la Santé, al parecer. Pero éstas están atiborradas de material electrónico: cámaras de televi-

sión automáticas, micrófonos ultrasensibles, etc. En la sede de la PIDE, donde funcionaban varias docenas de estaciones de escucha «Made in France», los miembros de la Comisión encontraron salas de tortura equipadas para la utilización científica de la electricidad y los sistemas audiovisuales.

«¿Quiénes eran los hombres de la PIDE? «Encontramos una característica curiosa entre ellos —responde un militar—. Muchos eran ex seminaristas. Después del servicio militar no habían podido encontrar trabajo y habían entrado en la PIDE. La lucha por el orden público era aparentemente para ellos una especie de batalla contra el demonio del mal».

Han comprendido...

Desde el primer piso de la prisión los vi descender a la planta baja para la visita de sus familias. La mayoría tenía de treinta a cuarenta y cinco años, en general robustos. Muchos tenían aspecto de funcionarios tranquilos e inofensivos. Sorprendente: en medio del grupo con trajes oscuros, un agente más joven, de cabellos rubios largos y barba rojiza, con vaqueros y una camisa de colores vivos. Avanzaban con la cabeza baja, sin hablar, evitando la mirada de los soldados jóvenes que jalonaban su recorrido, fusil en mano.

Fuera, delante del portal, unos veinte coches están aparcados a pleno sol. Hombres y mujeres, con bolsos de plástico en la mano, charlan. Son las esposas, padres y madres de los policías encarcelados. Han cogido la costumbre de encontrarse allí. La mayoría no se conocía. Se reúnen cada día de visita. En su garita elevada, el marino de guardia los vigila.

«Son más educados que al principio —dice—. Los primeros días manifestaban una insolencia increíble. Como si continuaran siendo los amos aquí. Ahora, han comprendido».

«La PIDE era una verdadera gangrena —dice un joven militante del PS retomando la ruta hacia Lisboa—. Su poder no era nunca lo suficientemente grande, y sus informadores nunca lo bastante numerosos. Podría todo lo que tocaba. Tenemos la suerte histórica de tener los archivos completos de una policía política que reinó durante medio siglo en un país. Destruyémosla totalmente para que nada semejante pueda existir, nunca más, aquí». ■ R. B.